

## TEMA 8: EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

“NO DA LA VIDA... PERO SÍ IMPORTA”

María y Javier tienen tres hijos: Lucía, de 15 años; Pablo, de 9; e Inés, de 6. Son una familia corriente. Los dos padres trabajan mucho, llegan a casa cansados y casi siempre con la sensación de ir tarde a todo. Les preocupa la educación de sus hijos, quieren que crezcan valorando la sobriedad, el cuidado del planeta y el respeto por los demás, pero viven inmersos en el mismo ritmo acelerado que critican. Saben que no basta con decir “hay que reciclar” o “no hace falta comprar tanto”; lo difícil es crear hábitos de verdad en medio de una cultura que empuja constantemente a consumir más.

En casa intentan cuidar pequeños gestos: no desperdiciar comida, apagar luces, reutilizar ropa, limitar compras impulsivas, separar residuos y usar el coche sólo cuando no hay otra opción. A veces lo consiguen. Otras veces, no. Hay semanas en las que piden comida a domicilio varias veces, compran por internet cosas que no necesitaban realmente o aceptan por cansancio planes cómodos, pero poco coherentes con lo que dicen defender.

María piensa con frecuencia que educar en sostenibilidad debería formar parte de la vida familiar, no ser una actividad extra. Pero algunos días, cuando aún le quedan correos por responder a las once de la noche, se sorprende pensando: *“Ahora mismo, que aprendan a no discutir y a llegar puntuales al colegio ya sería un éxito; lo demás puede esperar”*. Javier, aunque comparte el fondo, a veces adopta un tono más pragmático: *“No podemos convertir cada decisión cotidiana en un problema moral”*. Ambos tienen razón, y ambos lo saben.

Lucía, la mayor, vive esta tensión con incomodidad. En el colegio oye hablar de la crisis climática, de consumo responsable y de justicia social, pero a la vez siente la presión de encajar en el ambiente que le rodea de amistades. Quiere la ropa que llevan sus amigas, cambia de opinión según la moda del momento y se enfada cuando su madre le propone usar prendas de segunda mano o retrasar una compra. No se considera superficial; de hecho, le afectan mucho las noticias sobre contaminación o pobreza. Pero le molesta que en casa se hable de sobriedad cuando luego sus padres compran por estrés o recurren a soluciones rápidas por falta de tiempo. Les reprocha incoherencia: *“Me pedís tener más conciencia ecológica, pero vosotros tampoco podéis con todo”*. Su crítica duele a sus padres, porque tiene algo de razón y manifiesta una cierta incoherencia en ellos. Pablo, en cambio, repite con entusiasmo lo que oye en casa y en el colegio —que hay que cuidar el medio ambiente, que no hay que malgastar—, pero enseguida pide el juguete nuevo que ve anunciado. Inés, la pequeña, simplemente imita: riega la planta del balcón, pero también llora si no le compran el vaso de moda con dibujos.

La familia descubre así que el consumismo no entra sólo por la publicidad, sino también por el cansancio, la comparación social y el deseo de compensar a los hijos con cosas cuando no se les puede dar tiempo.

Una tarde de domingo surge una discusión aparentemente pequeña. Lucía quiere un móvil nuevo porque “todo el mundo en clase tiene uno mejor”. El suyo funciona, aunque la batería dura poco. Javier dice que no hace falta cambiarlo. Lucía responde que siempre van “de ecológicos” cuando en realidad es una excusa para gastar menos. María intenta explicarle que comprar no es un acto neutral, que cada elección tiene impacto, pero la conversación se enreda y acaba derivando en reproches: que si ellos nunca están, que si todo lo convierten en lección, que si no entienden la presión que viven hoy los adolescentes. El debate deja en el aire una pregunta incómoda: ¿educar en la austeridad es transmitir una convicción profunda o imponer renuncias que los hijos vivirán como simple frustración?

Sin embargo, el punto de inflexión no llega con un gran discurso, sino con algo mucho más simple. A raíz de una iniciativa del barrio, el colegio propone participar en una campaña de intercambio de ropa, recogida de residuos y mejora de un pequeño huerto comunitario. María piensa primero que no tienen tiempo. Javier también duda: otro compromiso más. Pero aceptan ir una mañana. Lucía va a regañadientes y acaba hablando con una compañera a la que admira, que participa porque le parece “más rebelde cambiar hábitos que seguir comprando por inercia”. Pablo disfruta plantando, Inés se entusiasma llevando una regadera diminuta, y Javier descubre que allí hay otras familias igual de agotadas y contradictorias que ellos, pero con ganas de hacer algo juntos. Al volver a casa no se convierten de repente en una familia perfecta, ni desaparecen las discusiones, ni dejan de caer nunca en la comodidad. Pero cambia algo importante: dejan de vivir el cuidado de la casa común como una suma de prohibiciones privadas y empiezan a verlo como una forma compartida de vivir mejor, con más sentido y menos inercia. Comprenden que los cambios profundos no se sostienen sólo con normas o sermones, sino con hábitos, ejemplo, comunidad y pequeñas acciones que pueden difundirse más allá de lo visible.

Desde entonces, en casa acuerdan tres cosas modestas: revisar antes de comprar si algo es realmente necesario, reservar un momento semanal para hablar sin pantallas sobre cómo han vivido esa coherencia y participar al menos una vez al mes en alguna iniciativa comunitaria del barrio o del colegio. No lo hacen siempre bien. A veces vuelven a las prisas, a las compras impulsivas y al “ya lo pensaremos otro día”. Pero han dejado de creer que su esfuerzo es inútil. Empiezan a sospechar que educar para la sostenibilidad no compite con la vida real, sino que forma parte de enseñar a vivir con libertad, gratitud y responsabilidad. Y que, incluso en una sociedad consumista, una familia imperfecta puede influir positivamente cuando no pretende parecer ejemplar, sino aprender a ser coherente poco a poco.

#### PREGUNTAS:

1. ¿Te sientes identificada con las dificultades que aparecen en el caso para desarrollar hábitos de austeridad y considerar las implicaciones éticas de tus acciones? ¿Añadirías alguna otra dificultad relevante?
2. Lucía reprocha a sus padres cierta contradicción entre lo que dicen y lo que hacen. ¿Qué papel juega el **ejemplo de los adultos** en la educación en sostenibilidad? ¿Es más

importante la coherencia perfecta o la capacidad de reconocer los propios fallos y tratar de mejorar poco a poco?

3. Según tu experiencia, ¿cuáles deberían ser las motivaciones profundas —como propone *Laudato si'* en los números 200–201, para comprometerse con el cuidado de la casa común?
4. El caso muestra que la experiencia comunitaria cambia la perspectiva de la familia. ¿Por qué crees que las **iniciativas compartidas** (barrio, colegio, parroquia, club de bachilleres) pueden ayudar más que los esfuerzos individuales aislados?
5. En una sociedad polarizada, donde el cuidado del planeta y la acción climática suelen estar muy politizados, ¿qué postura crees que debería adoptar una familia cristiana para fundamentar y defender sus prácticas de sostenibilidad?